

CAPITULO III.

FELIPE SEGUNDO.

§ I.—Política de Felipe II.

«El gran pensamiento de Felipe II, ayudado por los jesuitas, era poner la cristiandad bajo un rey católico y bajo un solo pastor» (1). Estas palabras de *d'Aubigné* expresan la convicción general de los contemporáneos. Los reformados, enemigos natos del rey de España, le juzgaban con la lucidez que da muchas veces el odio. Coligny, el héroe de la reforma francesa, tan profundo político como celoso hugonote, decía pocos días antes de la noche de San Bartolomé, al embajador de Inglaterra, que la ambición de Felipe II, según los más experimentados, era hacerse monarca de la cristiandad, ó al ménos, dominarla (2). Los reformados de los Países Bajos lanzaron esta misma acusación contra su terrible adversario; para conciliarse las simpatías de la Francia y de todos los príncipes, decían, y no sin razón, que los destinos del mundo se decidirían por el resultado de la lucha que sostenían por su libertad; que si Felipe II salía vencedor, nadie podría contenerle; que vencería fácilmente á la Francia y la Inglaterra, y que se haría monarca de toda la cristiandad, y aún tal vez del mundo entero (3). Estas acusaciones hallaron eco en Francia entre los que

(1) D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, t. II, p. 397.

(2) ELLIS, *Letters*, segunda serie, t. III, p. 5: «*Or at least, to rule the same.*»

(3) Discurso sobre la correspondencia de Alemania, dirigido á S. A. el duque de Anjou por el señor de Sainte Aldegonde. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VII, p. 494-496.)

conservaban el sentimiento de la nacionalidad en medio de las pasiones religiosas desencadenadas por los furros de la Liga. Oigamos á un nieto de *l'Hospital*: «La religión del Español consiste en engrandecerse; su celo, en mandar á sus vecinos; su ardor, en ser monarca..... Felipe II disfraza su ambición con los pretextos más favorables, tratando de hacer creer á los hombres, que no ya su grandeza, ni los intereses temporales, sino únicamente el celo de Dios y la exaltación de su nombre le arman contra la Francia. No tiene más fin que un deseo insaciable de reinar, un celo verdaderamente católico, es decir, de hacerse rey universal» (1).

Felipe II, heredero de la ambición de su padre, heredó también su poder; fué, indudablemente, el soberano más poderoso que ha reinado en la cristiandad. Era rey de Castilla, de Aragón y de Navarra, unidos por la primera vez en una grande monarquía por Carlos V. Duque de Milán, rey de Nápoles y de Sicilia, ahogaba, por decirlo así, entre sus terribles lazos á la Italia. Como duque de Bolonia, era señor de las provincias más populosas y más ricas de la Europa. El Rosellón y el Franco Condado, el Artois y Flandes franceses le permitían tener un pié en Francia. Casado con la reina de Inglaterra, disponía de las fuerzas de la Gran Bretaña, por la absoluta influencia que ejercía sobre la fanática María Tudor. En Africa poseía el Cabo Verde, las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias y otras importantes islas; en América, el Perú, la Tierra-Firme, la Nueva Granada, Chile y los inmensos territorios bañados por el Paraguay y la Plata; ocupaba las islas más ricas, los puntos de escala más importantes del grande Océano, Santa Elena, las Filipinas, Cuba, Santo Domingo, La Martinica, Guadalupe y Jamaica. Las posesiones de las Indias constituían realmente un mundo; solamente Méjico era cinco veces más grande que España. Felipe II decía con orgullo que el sol no se ponía jamás en sus Estados; y los españoles, tan orgullosos como su rey, se vanagloriaban de que la tierra temblaba cuando la España se movía (2).

Si alguna vez pudiese ser legítimo el orgullo nacional, que des-

(1) *El Anti-Español*, por MICHEL AYRAULT, nieto de L'HOSPITAL (*Memorias de la Liga*, t. IV, p. 232).—Discurso sobre la paz (*ib.*, t. IV, p. 618).

(2) «Cuando se mueve la España, la tierra tiembla.» (WEISS, *La España desde el reinado de Felipe II*, introducción.)

precia y humilla al resto de la humanidad, lo hubiese sido en el siglo XVI el orgullo de la raza española. Hoy se encuentra reducida á su península y casi ignorada del mundo. En tiempos de Felipe II llenaba con su nombre la Europa y la América; aventureros de genio conquistaban para ella reinos en el nuevo mundo, y el antiguo se doblegaba bajo sus tercios victoriosos. La fortuna favoreció á Felipe II aún más que á su padre; le dió el mayor capitán del siglo en Alejandro Farnesio para conducir á la victoria tropas aguerridas por las largas guerras de Carlos V; la fortuna le libró, al principio de su reinado, de los poderosos rivales que habían tenido en jaque al emperador. Francisco I y Enrique VIII habían bajado al sepulcro, á donde Soliman iba á seguirles bien pronto. Perturbada por las pasiones religiosas, con reyes menores de edad, la Francia parecía ser una fácil presa para la ambición de un conquistador. Inglaterra, unida en un principio á los destinos de la España por su conversión al catolicismo, se libró de la influencia española en tiempos de Isabel; pero la lucha de las facciones religiosas la debilitaba; tenía un enemigo en su seno, el catolicismo, y este enemigo era aliado del rey de España. La Alemania estaba profundamente dividida por el protestantismo; la reacción se aproximaba, y todos los católicos veían en Felipe II el defensor de la fe; gracias al catolicismo, la rama alemana de la casa de Austria y la rama española estaban unidas por un vínculo más fuerte que la sangre. La Italia no figuraba para nada; sus repúblicas estaban en decadencia, y el pontificado sufría la dominación de sus defensores. La Turquía entraba en la era de su decadencia; los príncipes guerreros eran reemplazados por un Selim, «gran borracho, que no gustaba más que de beber», y por un Amurates, «medio idiota» (1). Finalmente, la fortuna reservó un último favor al hijo de Carlos V abriéndole el trono de Portugal, lo cual completaba por primera vez la unidad de la Península.

Hé aquí elementos de poder que explican los temores de los

(1) Estas son las expresiones de un contemporáneo, MICHEL AYRAULT, nieto de L'HOSPITAL, Discurso sobre el estado presente de la Francia (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 36).

contemporáneos; una gran ambición unida al genio de conquista podía realizar, al ménos por algunas generaciones, el sueño de la monarquía universal. No carecía Felipe II de ambición; su padre, ántes de retirarse á la soledad de un monasterio, le dejó entrever lo posibilidad de una dominación que comprendiese todo el Occidente, y le preparó el camino. Al casar á Felipe con María Tudor, reveló Carlos V proyectos y esperanzas que prueban que la monarquía era el objeto principal de la casa de Austria. El acta de matrimonio estipulaba que á falta de herederos de Carlos V, los descendientes de María heredarían los Estados de España y de Inglaterra. No paraban en esto sus designios; escribió á su embajador que aquella unión sería «el verdadero medio de tener sujetos á los franceses, y aún que los reyes de Inglaterra podrían abrigar la esperanza de recobrar la Guiana y tal vez el reino de Francia» (1). Por esto aquel matrimonio alarmó con razón á los que tenían alguna previsión política. «Todo cuanto ha hecho el emperador, dice un señor inglés, todo cuanto quiere hacer aún en lo sucesivo, no es más que por engrandecer su casa y hacerse monarca» (2). La muerte de María no desanimó al rey de España; ofreció su mano á Isabel, y á la negativa de la reina de compartir el trono, trató de quitárselo, primeramente por medio de conspiraciones, y despues por una guerra declarada. Fracasó en su gigantesca empresa, pero llegó á reunir el Portugal á España, más por la fuerza de las armas que por la justicia de su causa. Durante treinta años, Felipe fomentó las disensiones religiosas en Francia; alimentó la ambición de los Guisas, contando con suplantarlos despues de la victoria. La extinción de los Valois fué uno de aquellos golpes de fortuna que con tanta frecuencia favorecieron á la casa de Austria. Felipe se presentó á los Estados generales como candidato al trono, y en su defecto propuso á su hija, como heredera legítima de los Valois. Estuvo á punto de conseguir su objeto; y ¿qué le faltaba hacer entónces para ser monarca de la cristiandad? Carlos V había trabajado por ceñir la corona

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. IV, p. 113.

(2) *Embajadas de NOAILLES*, t. II, p. 185: Discurso de un señor inglés, publicado en Londres con motivo de las proposiciones de matrimonio entre la Reina de Inglaterra y el Príncipe de España, hijo del Emperador.

imperial á su cabeza; Felipe volvió á insistir. Prodigó promesas para ganar á los príncipes alemanes; lisonjeó su amor á la independencia, diciendo que les dejaría el gobierno y no retendría para sí más que el título y la dignidad; hasta halagó sus pasiones religiosas, comprometiéndose á reunir los Países Bajos al Imperio, y á observar en todas partes la paz de Ausburgo (1). La ambición del rey de España era realmente universal; llevó sus miras hasta el Norte, y pensó en desmembrar la Dinamarca en provecho propio, haciéndose dueño del estrecho del Sund, de la Zelanda y de la Jutlandia. Él creyó ya haber alcanzado su objeto; existen medallas acuñadas con el retrato de Felipe II, en cuyo reverso se ve el carro del sol, tirado por caballos alados y terminado por una corona real con esta inscripción: «Ilumina al mundo entero» (2).

La ambición de Felipe estaba estrechamente unida con la del catolicismo; por más que no llevase la corona imperial, era, aún más que el emperador, patrono de la Iglesia, y su ortodoxia servía admirablemente á su ambición. Un abogado general en el Parlamento de París decía, en 1583, que «el papa y el rey de España se daban la mano y se prestaban mutuamente el hombro, el uno para la monarquía espiritual, y el otro para la temporal» (3). Los intereses del catolicismo y los de Felipe II se identificaban hasta tal punto, que es difícil decir si el rey de España combatía por extender su dominación ó por restablecer la fe romana. Según él, era el campeón de la ortodoxia; conspiraba contra el trono y la vida de Isabel por salvar la religión; por destruir la herejía pagaba á la liga y hacía la guerra á Enrique IV. No hay nada, hasta la conquista de Portugal, que no tratase de legitimar por el interés de la fe; es verdad que no había calvinistas en Lisboa, pero el rey católico declaró en sus manifiestos que, siendo señor de la Península, le sería fácil extender el Evangelio al Africa y á las Indias, y aún destruir el imperio del islamismo (4). La fama de defensor del ca-

(1) Carta de Schomberg (1573) al duque de Anjou (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, Apéndice, p. 30).

(2) Despacho del cónsul de Francia en Dantzick, dirigido á Richelieu (WEISS, *La España desde el reinado de Felipe II*, p. 1.^a, c. 1).

(3) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. VII, p. 258.

(4) DE THOU, *Historia universal*, lib. LXIX.

tolicismo dió una fuerza inmensa á Felipe; en un siglo desgarrado por las pasiones religiosas, el vínculo de la religión tenía más fuerza que el de la patria; ahora bien, Felipe era el verdadero jefe de la cristiandad ortodoxa. En este sentido era el monarca del mundo católico.

¿Era la fe para Felipe un instrumento, ó un fin? Aquellos contemporáneos suyos que no participaban de su fanatismo, le han censurado amargamente su hipocresía: «La ambición, dice *Fr. Pitou* hablando del rey de España, es cosa detestable á Dios, que quiere que los hombres se contenten con lo que les da en esta tierra. Pero los pretextos que se aducen como del puro servicio de Dios para otro objeto, son todavía peores y piden más venganza ante su santa faz» (1). No nos atreveríamos á firmar esta acusación. La ambición y el fanatismo se unían tan bien en Felipe, que es imposible separarlos; no ponemos más que una restricción á esta especie de apología, y es que muchas veces la ambición dominaba al fanático. El rey de España, usurpando el Portugal, pretendía obrar en interés de la fe; pero se declara partidario del papa del derecho contra la violencia, y envía legados y más legados á Felipe para detenerlo; ¿piensa en obedecer el rey muy católico al vicario de Cristo? Responde que su derecho es bien claro, no quiere que el santo padre se tome el trabajo de ocuparse de este asunto (2). En Francia, Felipe II protestó que no tenía en cuenta más que el interés del catolicismo, que la religión se perdería si un príncipe hereje ocupaba el trono; pero Enrique de Navarra se convirtió. Esto no basta, responde el celoso defensor de la ortodoxia; es preciso la absolución del papa. La Santa Sede, á despecho de las instancias españolas, concedió la absolución. ¿Qué hace Felipe II? Estalla en invectivas y en amenazas contra el santo padre. Luego no cegaba el fanatismo al hijo de Carlos V hasta el punto de hacerle olvidar los intereses políticos; tenía la fuerza que da el celo por la religión en un siglo en que las pasiones religiosas dominaban; no tenía la debilidad que produce el fanatismo cuando lo sacrifica todo á su locura.

(1) *Memorias de la Liga*, t. V, p. 683.

(2) DE THOU, *Historia universal*, lib. LXIX.—D'AUBIGNÉ, *Historia*, t. II, página 463.

Al parecer, la ambición de Felipe II estaba á la altura de su poder; ¿qué le faltó para conseguir el objeto constante de la casa de Austria, la monarquía universal? Las apariencias han engañado á los contemporáneos, y todavía engañan á los historiadores modernos. La verdad es que Felipe II no tenía ni el poder que se le suponía, ni el genio que se necesita para aspirar al imperio del mundo. Se le han dirigido vivas censuras por no haberse aprovechado de sus victorias sobre Enrique II para marchar sobre París. «Los Españoles, dice un testigo de la derrota de San Quintín, podían llevar á cabo el total exterminio de las fuerzas de Francia y quitarnos todo recurso y toda esperanza de tomar la revancha.... Pero parece que el Supremo dominador, el Dios de las victorias, los detuvo de repente» (1). Esta era la opinión general; según el mariscal Montluc, la Francia fué conservada más por la voluntad de Dios que por cualquier otra razón, porque Dios quitó por un milagro al rey de España la idea de seguir su victoria hasta París» (2). Carlos V mismo se impacientó, según se dice, contra su hijo, en la soledad de Yuste; contaba con que debía marchar sobre París, mientras que el vencedor de San Quintín permanecía en la inacción (3).

Sin embargo, el emperador debía saber por qué retrocedía Felipe ante una guerra de invasión; ya en 1548 le había aconsejado que conservase la paz, por el aniquilamiento en que se encontraban sus estados hereditarios, como consecuencia de las incesantes guerras en que se había visto comprometido (4). En el momento en que Felipe II hubiera debido hacer la conquista de la Francia, uno de sus ministros decía al Veneciano Soriano, que el rey «estaba sin soldados, sin dinero y sin crédito» (5). El rey de España se quejó de escasez de dinero en su correspondencia con su padre, diciendo que carecía de fondos para los gas-

(1) *Los Comentarios de FRANCISCO DE RABUTIN*, en PETITOT, t. XXXII, página 60.

(2) MONTLUC, *Memorias* (PETITOT, t. XXI, p. 408).

(3) Carta de Quijada á Vazquez, en MIGNET, *Carlos V*, p. 279.

(4) Instrucciones de Carlos V á su hijo (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. III, p. 271).

(5) *Relazione di SORIANO*, en ALBERI, I, 3, p. 376.

tos más necesarios: el dueño del Perú no tenía con qué pagar la administración de justicia (1). Aunque vencedor, estaba sumamente apurado, hasta el punto de hacer al embajador de Venecia la humillante declaración de que quería la paz á toda costa, y que si Enrique II no la hubiese pedido, él hubiera tomado la iniciativa (2). Aun cuando hubiera deseado continuar la guerra, no hubiera podido hacerlo, á ménos de levantar contra sí las poblaciones agobiadas y desesperadas (3). Felipe II recibió, á su advenimiento, reinos arruinados por la guerra, y su largo reinado aumentó su desolación. El príncipe cuyo poder temían sus contemporáneos, se vió obligado en varias ocasiones á hacer una vergonzosa bancarota.

Pero, aún cuando hubiera tenido los tesoros inagotables que se le suponían, no era hombre capaz de aprovecharse de ellos para conquistar el imperio del mundo. Un historiador moderno le trata de rastrero y burócrata (4); «es verdad que Felipe II tenía más bien las aptitudes y la capacidad de un jefe de una casa de comercio que las de un conquistador.» «No hay en todo el mundo, dice Granvelle, secretario que maneje tantos papeles como el rey» (5). Todos los negocios pasaban por sus manos, quería verlo todo, ó por mejor decir, leerlo todo; no le bastaba poner dos mil firmas diarias; hacía sus observaciones por escrito, escribía innumerables cartas á sus ministros: Perez solamente tenía dos cajones llenos (6). Gobernaba el mundo por escrito, como un inquisidor en medio de sus legajos. Ahora bien: no se conquista la monarquía con la pluma en la mano; hay que comprarla con su persona, como los Alejandro y los Césares. Según la relación unánime de los embajadores venecianos, Felipe II era inclinado al reposo y á la tranquilidad, aún en la edad en que la mayor parte de los hombres ambicionan la gloria de las armas; si hubiese tenido el ge-

(1) GACHARD, *Retiro y Muerte de Carlos V*, t. II, p. 429.

(2) SORIANO, en ALBERI, I, 3, p. 383.

(3) «*Le forze del re potevano poco più durare alla guerra, senza manifesta sollevazione de popoli.*» (MARC. ANTONIO DE MULA, en ALBERI, I, 3, p. 401.)

(4) MICHELET, *Historia de Francia*, t. X, p. 243.

(5) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VIII, p. 55.

(6) CONTARINI et GRADENIGO, en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 147 y sig.

nio emprendedor de su padre, dicen; hubiera podido ser peligroso; pero trataba más bien de conservar sus estados por medio de la paz que de ensancharlos por medio de la guerra (1). No es esto decir que el rey de España no tuviese ambición; sus empresas en Portugal, en Francia y en Inglaterra prueban que seguía fiel á la divisa de su familia: *plus ultra*; pero le faltaba el genio de las conquistas. Su poder, aunque no tan grandé como se le ha creído, hubiera sido terrible para Europa, si hubiera sabido utilizarlo. No supo, como lo hace notar un contemporáneo, ni áun sacar partido de la fortuna. Cuando encontró adversarios tales como Enrique IV é Isabel, su fortuna se acabó (2), y en definitiva, fracasó en todas sus empresas.

Para explicar el fracaso de Felipe II se dice que abarcó demasiadas cosas á la vez, que su ambición carecía de objeto, porque pretendía lo imposible. Esto es verdad; desperdió sus fuerzas en Francia, en los Países Bajos y en Inglaterra, al paso que debió haberlas concentrado. De ahí resultó que en lugar de conquistar las coronas de Francia y de Inglaterra, perdió la mitad de los Países Bajos. Pero al censurar al rey de España por haber esparcido sus esfuerzos por toda la cristiandad, no se ha tenido en cuenta que era una necesidad de su posición. Defensor de la fe católica, estaba obligado á intervenir en todas partes en donde había lucha entre el catolicismo y la Reforma; su ambición era universal, porque era el órgano de una Iglesia que quería conquistar la dominación universal. Así, pues, el catolicismo, que constituía la fuerza de Felipe II, fué también la causa de su debilidad. Su grandeza estaba ligada á la reacción católica; si hubiese salido victorioso, el rey de España hubiera sido el rey de la cristiandad; se hubiera realizado el ideal de la Edad Media: un Dios, un papa, un rey. Pero la reacción católica no podía triun-

(1) SORIANO, *Relazione*, 1559 (ALBERI, I, 3, 379).—GIOVANNI MICHELI (*ib.*, I, 2, 337).—GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos*, p. 124.

(2) Del Estado de la Francia, por MICHEL HUREAU, nieto de L'HOSPITAL (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 37): «En todas partes ha sido afortunado, porque en ninguna parte ha encontrado nadie que pudiera hacerle daño, y áun así no ha hecho gran cosa. Ahora (1588) que tiene enemigos dignos de sus fuerzas, veremos lo que hace en Inglaterra con todo ese grande aparato. Veremos si conserva todavía esa gran fama de afortunado.»

far sobre el protestantismo; por esta razón Felipe II debía fracasar. Hay más: la obstinación fanática que empleó en defender la religión del pasado, produjo la decadencia de la España. La libertad intelectual, la libertad civil y política, son una condición de vida; aquel que quiere detener el movimiento progresivo de la sociedad ó volverla con violencia al pasado, la mata, en cuanto es permitido al hombre destruir la obra de Dios. Al cerrar la España á las ideas nuevas que regeneraban la Europa, Felipe II le quitó el aire vital y extendió las semillas de esa soñolencia secular que tanto trabajo cuesta sacudir á la nación española. Sin embargo, la decadencia no se manifestó más que á la larga. Felipe II fué realmente hasta la muerte el jefe de los católicos en toda Europa; en este sentido, puede decirse que ha sido monarca universal. Pero por lo mismo que los corazones de todos los católicos latían por el rey de España, los estados que amaban la libertad religiosa, ó al menos su independencia, debían reobrar contra una dominación que los amenazaba: de aquí la rivalidad constante de la Francia y de la Inglaterra.

§ II.—Rivalidad de Francia y España.

N.º 1.—Disputas sobre la preeminencia.

En 1552, el rey Fernando de Austria, resentido de que los protestantes habían obligado al emperador á firmar el convenio de Passau, escribió á su hermano que debía vengarse en el rey de Francia y castigarle como al autor del mal. Carlos V le respondió que indudablemente la Francia era la causa de todas las perturbaciones de Alemania, pero que Fernando se engañaba grandemente si creía que era tan fácil castigar á Enrique II; que en cuanto á él, no se formaba ilusión alguna, y lo consideraba como imposible (1). El enviado veneciano Michele Soriano formó, algunos años más tarde, el balance de las dos potencias, y halló que se equi-

(1) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, t. III, p. 324 y sig.